

Reportaje en torno a mí mismo

Padre Pedro José Ynaraja

Pensaba el otro día que mis lectores habituales, tal vez sea atrevimiento pensar que los tengo, perdóneseme la osadía, sabrán que escribo, conocerán unos cuantos lugares que a lo largo de mi vida he recorrido, y advierto que he viajado poco, pero con pasión y que con ilusión lo vengo contando. Pues bien, se me ocurrió que podía explicar alguna de las múltiples cosas que he hecho en mi vida, algunas que encajan en la orientación de betania.es. Concretamente, decidí narrar algunas realizaciones en el ámbito litúrgico, para que puedan aprovecharlas algunos, dado que son obras de tono menor y presupuesto bajo, al alcance de cualquiera que tenga un amigo competente.

LA IGLESIA DEL HOSPITAL DE SAN CAMILO

Me referiré casi exclusivamente al interior de la iglesia del hospital de San Camilo, en Sant Pere de Rives (Barcelona) que es en este terreno, el proyecto más completo que he realizado, sin olvidar alguna que otra cosa de menor importancia, pero que podrán interesar a algunos y a otros demostrar que con material barato y técnicas sencillas, se puede conseguir recintos muy dignos. La cosa, como todo lo de Dios, fue resultado de su prodigiosa imaginación. Vinieron a La Llobeta, casa de espiritualidad por aquel entonces, novicios de diferentes órdenes religiosas de la provincia de Barcelona. La celebración eucarística con tal asistencia, fue indudablemente muy sinceramente vivida. El clima era sagrado y muy respetuoso. Hubo en el antes y el después cordial convivencia. He de reconocer que el ámbito donde celebramos la misa, su tamaño, iluminación y disposición de los elementos litúrgicos, ayudaron a este clima espiritual.

JAUME SAU

Posteriormente, uno de los superiores quiso ponerse en contacto conmigo. Vino a verme y me propuso si quería dirigir el interior de la iglesia del nuevo hospital que estaban edificando. Me confió que el encuentro de aquel domingo le había animado a hacerme tal proposición. Le confió que no me veía capaz yo solo de complacerle, que caso de aceptarlo debiera ser con la colaboración de un amigo, Jaume Sau, que con su sensibilidad artística y su competencia profesional, ambos podíamos llevarlo a término. Estuvo de acuerdo él y también el arquitecto del conjunto. Se logró este resultado tras una amigable y agresiva reunión. Cordial por el ambiente cristiano en el que nos movíamos, duro en ciertos momentos, por las diferentes actitudes espirituales y estéticas que podíamos tener.

DOS IDEAS FUNDAMENTALES

Puesta la confianza en nosotros dos, empezamos a proyectar. Jaume Sau, vuelvo a repetirlo, era artista, artesano notorio y competente profesional. Yo sería el ideólogo y diseñador. Tal vez más que proyectos, dibujaría garabatos, que mi amigo perfilaría con elegancia y precisión. Partimos de dos ideas fundamentales.

Primero, tal como enseña el Vaticano II, la arquitectura en este caso interiorismo, debía estar al servicio de la liturgia. Segundo, por convicción y preferencia de los dos, además de noble madera, el otro material a utilizar, sería el cemento portland. Ambos, escogidos para diseñar con criterios simples y austeros, del más bajo coste posible. Se aceptó este planteamiento. Respetamos, pues, el edificio, un paralelepípedo rectángulo, las vigas visibles incluidas. El Padre Superior, Jesús-M Rui Yrigoyen, máximo responsable, estaba de acuerdo. Hablaré casi siempre en primera persona, no por vanidad, sino por justa realidad histórica.

EL PRESBITERIO

El primer diseño correspondió al presbiterio. Sería una plataforma poco elevada, respetando totalmente el pavimento ya puesto, suficiente para dar sentido del lugar más insigne del recinto y que permitiera a su vez la máxima visibilidad en las celebraciones. Siendo estable de por sí, debería permitir, cuando conviniera, algunos cambios, sin que se tuviera que modificar el conjunto. Estábamos pensando en la orientación del presbítero-presidente y la de los fieles en una u otra dirección

El centro lo ocuparía la mesa eucarística. Calculada la altura al centímetro. Nos pasamos la tarde de un domingo debatiendo sobre tal cuestión. Debería enaltecer la figura del presidente, facilitar el movimiento de sus manos y la elegancia de su gesto al apoyarlas sobre el altar. Tener en cuenta también sus piernas, cuando estaba de pie y cuando hacía la genuflexión. Era preferible pecar de bajo, que el que fuera demasiado alto, propio de los tiempos de las celebraciones antiguas, con normas de cómo los brazos debían tocar la mesa en el momento de las palabras históricas, la posición de los dedos y las manos, pese a ser invisibles a los fieles que, comúnmente, estaban a su espalda. Para decidir la forma empecé por desterrar algunas concretas. La circular, con una gran cruz extendida en el mismo plano que cáliz, patena y candelabros, desorientaba cuando se trataba de una numerosa comunidad, pese a ser preciosa a la vista. La de cuadrado perfecto, no ayudaba a la disposición de la superficie, con la Eucaristía en el centro y purificador y misal a ambos lados. Debía ser por tanto, ligeramente rectangular, muy alejada de parecer el mostrador de una antigua tienda. He comprobado posteriormente que en Nôtre Dame de París y en Chartres, entre otros sitios que he visitado, han seguido iguales criterios.

UN LAMPADARIO

La centralidad del altar debía significarse mediante un lampadario. Este objeto en sus inicios fue una protección de goteras que pudiera tener la nave, se le llamaba baldaquín. Ahora cumple funciones ornamentales. Era fundamental la iluminación que proyectara, no debía ser deslumbrante, demasiado intensa, a semejanza de las de un quirófano, pero sí que convenientemente difuminada, atrajera y proclamara que lo que debajo se realizaba era lo más importante de todo el recinto. El adorno de esta mesa sería el tradicional pez.

EL AMBÓN

El otro elemento era el ambón. Debía expresar que no se trataba de un atril elevado, sino de un espacio con funciones propias y exclusivas: la proclamación de la Palabra, no una simple lectura. La decoración debía expresar que la Palabra de Dios es un lenguaje humano. Por lo que pensé que fueran letras de los abecedarios más conocidos, su único adorno. Escogimos caracteres latinos, griegos y cirílicos.

La silla, tal como dictan las normas, debía ser presidencial, pero no semejar un trono y debía albergar discretamente un soporte para los libros que el presidente podía necesitar: oracional, carpeta de anotaciones, etc. Escogí la forma octogonal, la más antigua, seleccionada ya en la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, por poner un ejemplo. En este caso pensamos que el material apropiado sería la plancha de hierro. En otros casos, he preferido la madera o el mismo cemento.
(Continuaré)